SOCIALISMO Y NOBLEZA DE ÁNIMO

A una señora.

ías há que una señora, oyendo á un socialista hablar en público sobre un asunto ajeno á las propias convicciones del revolucionario, y aprobando, conmovida, las palabras del orador que respondían por completo á sentimientos afectuosos y nobles del alma, exclamó admirada: ¡Quién diría que es un socialista!

Usted no ha pensado que con su exclamación acusaba á sus amigas y á sus amigos, y á casi toda la clase á la cual pertenece, de una negra calumnia. Hé aquí, pues, cómo los hemos pintado: como gentes de las cuales haya que asombrarse de que puedan expresar alguna vez pensamientos y sentimientos de esos en que concuerdan todas las almas honradas.

Usted lo duda y yo lo repito y lo sostengo.

Y en esta disparidad, reflexione un poco, señora mia.

Sufrir las miserias y dolores sociales como males propios, de tal manera que no se experimente ya tranquilidad, y no saber resignarse al espectáculo de las desigualdades injustas que ofenden y envilecen á los hombres; sentir ante la ignorancia y el embrutecimiento de las muchedumbres, no ya el desprecio y la aversión que despiertan en los más, sino la compasión que inspira una enfermedad heredada, y reconocer la parte de culpa que todos tenemos en el fenómeno, queriendo redimirnos de esta culpa; ereer que jamás habrá paz ni prosperidad, ni moralidad, ni verdadera civilización, mientras un pequeño número de hombres tenga en sus manos los medios con los cuales, directa ó indirectamente puedan comprar todo, corromper todo, dominar todo, ponerlo todo al servicio de acrecentar constantemente la facultad de comprar, de corromper y de dominar; tener fe en que la paz y la prosperidad verdadera se obtendrán libertando el trabajo de la esclavitud económica que lo oprime y no lo asegura, y en que, humanizándolo con distribución más equitativa, será más fecundo mediante el concurso de todas las fuerzas; y con esta fe, dedicarse á educar, á instruir, á ordenar las masas, á fin de que, convertidas en su mayoría en conscientes y concordes, puedan constituir legalmente un estado social, ya madurado, cuando ellas lleguen á él por la evolución; en el cual estado todos se encuentren en las mismas condiciones iniciales para la lucha de la vida, y el derecho á la vida esté asegurado á cuantos quieren trabajar y no lo consiguen, y no se leguen como herencia el ocio y la dominación, y el hombre no vea ya en sus semejantes enemigos que acuden á disputar la concurrencia, sino cooperadores fraternales: todos estos sentimientos y conceptos, que son, en resumen, la sustancia del socialismo, ¿me podrá Ud., señora, demostrar, me podrá al menos decir siquiera, que no sean tales que deba llamar la atención el que haya alguna alma noble incapaz de no acogerlos?

Una cosa sola puede responderme:—Que no son acogidos por todo el mundo, porque se fundan en una utopia.

Pero con esta contestación no me contradice; porque ¿cómo me podrá negar que

precisamente para ser utopista se requiere poseer una fe en nuestra naturaleza, un deseo del bien y un amor hacia la humanidad sólo posibles en ánimos honrados y en corazones generosos?

¡Y cuán fácilmente lo advertiría Ud. y se penetraría de ello, reconociendo que hasta ahora había estado engañada por los periódicos que lee, por los amigos á quienes cree, por todas las viejas ideas, no meditadas ni discutidas, dentro de cuyo círculo vive aprisionada, al admitirlas como buenas, si pudiese conocer de cerca aquella gente maléfica y dislocada, llena de pasiones y de propósitos inícuos, de la cual oye hablar con horror!

Por ejemplo: ha oído hablar de estudiantes socialistas de fijo, y se habrá lamentado con palabras amargas de que hasta haya llegado á ser atacada la juventud de tal lepra. Y bien: yo los conozco; y aun prescindiendo de las ideas que á ellos me ligan, puedo asegurarle que me parecen infinitamente superiores á los demás. Nunca aparece en sus conversaciones sobre el porvenir aquel duro propósito de abrirse camino en el mundo á cualquier precio, ni aquella maniática avidez de riquezas y placeres

que se halla arraigada en el corazón de tantos y tantos jóvenes de la clase de los socialistas. Tener un fin, un objetivo, un ideal en la vida, colocado fuera de nosotros mismos, tan alto y tan bello, les da una seguridad, una severidad de conciencia, una aversión hacia la frivolidad del lenguaje y de los actos ordinarios de la gente contenta, una repugnancia á la disipación insensata é insolente del dinero, una tendencia á meditar sobre los hombres y sobre las cosas, á buscar en todas las obras y manifestaciones del ánimo y del pensamiento, bajo las apariencias engañosas, aquello que hay de verdad, de humano y de benéfico... que no se encuentra jamás en los otros jóvenes, sino por excepción.

Todos sus mejores sentimientos se elevan en alas de aquella idea. Me parecen á la vez más maduros y más jóvenes que el resto de sus camaradas. Emplean un modo de familiaridad tan justo y tan amable con las gentes de las clases inferiores con quienes se mezclan; despliegan con las mismas un sentimiento de fraternidad tanto más sencillo y profundo, cuanto que se origina de las más intimas y sanas razones, algo semejante á aquello que yo recuerdo del úl-

timo período de los entusiasmos patrióticos; soportan con una tan digna resignación las desconfianzas, las ingratitudes, á veces hasta las ásperas frases que en aquella fraternización se atraen, y anuncian y defienden las propias ideas entre los amigos hostiles y en el seno de sus familias, que los zahieren y hasta desprecian, entre las burlas y los escarnios, con un tan valiente ardor, con una tan tenaz é ingenua fe en la victoria del bien, que... si Ud. los oyera, y los viese, Ud. que es buena y amable, se veria arrastrada á admirarlos, á amarlos, y á desear que su hijo, ya que no en otra cosa, en el corazón, se le pareciese, y pudiera—sin comprometerse, por supuesto, y conservándose inmune de la lepra de aquellas teorias—gozar de su sana y vivificante amistad.

Usted oirá con frecuencia hablar de obreros socialistas, y me figuro el concepto que habrá formado de ellos: los creerá la hez de su clase. Y, sin embargo, señora, si hay una cosa bella en un operario, es verlo renunciar al juego y á la taberna, para ir á escuchar discursos y á razonar él mismo, al modo que puede, sobre cuestiones económicas y morales, que le obligan á un es-

fuerzo de la mente y que le despiertan el amor á la lectura y la necesidad de una vida más intelectual y el respeto á la ciencia y al ingenio; diga si no es prueba de ánimo elevado reconocer y predicar que la mujer no es una bestia de carga, á la cual se haya de golpear para desahogo cuando se está encolerizado ó bebido, sino un sér que tiene derecho á una mejor condición económica y civil, y á una nueva y más alta forma de respeto público; dígame si no es signo de dignidad no imitar el desprecio de los compañeros de trabajo delatores, á los prontos á inclinarse ante todos, á los vendedores de votos, á los brutos que tienen la conciencia en el vientre v postergan todo interés colectivo de su misma clase á cualquiera inmediata y aun pasajera ventaja propia; si es bondad y caridad hallarse siempre dispuestos á quitarse el pan de la boca ó á dar la monedita del cigarro ó de la copa, para socorrer á los compañeros reducidos indignamente á vivir en el arroyo, aun siendo desconocidos ó extranjeros; si, por último, no es estimable el tener viva conciencia de la fraternidad de los hombres y de los pueblos, y fe en una gran misión económica, política y social del Estado, para cumplir la cual sea necesario que ellos mismos se coloquen en condiciones graduales de progreso, por todas las vias y en todas las formas, á fin de bastarse á sí; si el convertir el odio ciego contra los privilegios de la fortuna en aversión razonada contra la organización social, reconociendo que los privilegiados casi siempre carecen de culpa: privilegios que los forma y los obliga á ser lo que son, y que los mismos obreros, puestos en su caso, serían como aquéllos; si comprender y hacer comprender á los demás que no de la violencia desordenada y salvaje se ha de esperar un gran cambio de su suerte, sino de la conquista pacifica de los Poderes públicos, posible solamente por una sucesiva transformación de las ideas y una lenta victoria sobre la conciencia...; si todos estos no son signos de superioridad de ánimo y de inteligencia-y los signos son patentes, innegables para toda persona sincera, créalo-¿cómo puede Ud. negar que los obreros socialistas no sólo sean, sino que deben ser por necesidad, moralmente mejores que los otros y dignos del respeto de Ud. y de su simpatia?

Más á menudo aún oirá hablar de hom-

bres de doctrina v de ingenio, de publicistas ricos y famosos que hacen ardiente propaganda socialista, y escuchará tales cosas v de tal modo, que Ud. convocaria de buen grado un consejo de familia antes de decidirse á recibir uno de esos en su propia casa. Y bien: piense en ello un poco. Esto, es cierto, por el pronto: todos esos publicistas, desde el primero hasta el último, son necesariamente desinteresados; porque ninguno de los periódicos de que se valen puede remunerar su obra, si por acaso no dan encima de su prosa su óbolo; y más de uno sacrifica á la publicación una buena parte de lo suyo. Piense después que si son literatos y artistas puros, están obligados, aunque no fuese sino por sostener sus propias ideas, á estudios ingratos y difíciles, extraños á su natural, y hasta á rehacer casi con gran fatiga su educación intelectual, y que todos se condenan á tener en la parte de público á que se dirigen, tantos menos lectores v admiradores, cuanto más profundo es su pensamiento y más delicado su arte particular para exponerlo. Y si se trata de hombres de ciencia y de hombres políticos, no pueden aspirar ni á honores, ni á cargos, de lo cual está excluído el partido que los acoge;

39

ni obran por sed de popularidad, porque entre sus secuaces, todavia pocos y esparcidos, es imposible la popularidad, además de ser inconciliable con el espíritu del partido mismo, y bastante más difícil que en cualquier otro, no teniendo nada que esperar los socialistas de sus jefes, que nada pueden dar á ninguno. Y ni siquiera se puede decir que espera ventajas personales de un cambio radical de cosas, porque están harto seguros de que no vivirán tanto para conocerlo, y que si, no obstante, acaeciese, como lo desean é invocan, seria tal su naturaleza que no consentiria á nadie ni riqueza, ni poderío, ni honores.

No queda, pues, sino una única ambición por la cual puede Ud. pensar, señora mía, que son movidos: la de ser enviados al Parlamento. Pero reflexione Ud. en ello un minuto: vea si—aun conseguida dicha ambición—ellos habrían elegido para satisfacerla un camino tan peligroso, y si se puede llamar propiamente ambición ir á la Cámara, en medio de un grupo minúsculo, para que su voz sea sofocada por todos los partidos concordes, para caer encima de ellos como sobre una cuadrilla de bandoleros. Piense, por tanto, busque, hágase hasta

buscar por sus amigos alguna razón, una sola razón, que le dé derecho á creer que aquellos señores no son gentes de buena fe, generosos, capaces, ya que no de otra cosa, de sentimientos y de intenciones, y llenos de corazón y de valentía.

¿Le parece, después de lo dicho, razonable el admirarse de que todos éstos sean capaces de sentimientos nobles? ¿O no le parece más justo que lo que llamaría la atención es que todos esos estudiantes, obreros, publicistas, fuesen incapaces de tales sentimientos elevados?

Le diré más: francamente, no veo ya bondad, generosidad verdadera sino en quienes profesan dichas convicciones. Conozco, sí, muchos hombres dotados de aquellas virtudes entre los que odian ferozmente las teorías socialistas, y aun mantengo con ellos sincera amistad. Mas desde que juzgo su ánimo con respecto á aquella idea, han caído un tanto en el aprecio que les profesaba y en el concepto en que tenía hasta á los mejores, debo decirlo con franqueza. No los encuentro ya lógicos, ni siquiera en la explicación de sus sentimientos más dignos. Veo sus pensamientos de fraternidad y de caridad sociales, tropezar á cada momento

en un obstáculo, detenerse, casi asustados, en los confines ante los cuales el ánimo de los socialistas posee mayor arrojo para lanzarse á todas las consecuencias. Percibo que la idea de un lejano daño de la clase á que pertenecen, echa una sombra sobre su antes sacro amor á la libertad y á la igualdad, convirtiéndolos secretamente en adversarios de la difusión de la instrucción popular, que había sido anteriormente el más ardiente de sus deseos y aspiraciones. Son conducidos á cada paso á combatir nuestras ideas, á negar ó á ocultar miserias evidentes y culpas imperdonables; á hacer, para no ser arrastrados á ciertas concesiones, una selección circunspecta, no generosa ni clara, entre las injusticias sociales, contra las cuales deben sólo levantar la voz. Y encuentro que en la busca y propuesta de los remedios, se ingenian de varia manera, para dejar aparte, fingiendo no ver las causas á que no pueden tocar sin reconocer las injusticias que les conviene pasar por alto.

Y en cuanto á los creyentes más sinceros descubro un sentimiento religioso lleno de preocupaciones mundanas y de mañas, esforzándose por conciliar las cosas más inconciliables, resignándose harto fácilmente al concepto de la necesidad de demasiados males; y en los incrédulos, para afrenta de sus ideas liberales, sorprendo una demasiado frecuente tentación á refugiarse, por temor á un porvenir infausto, á sus intereses, acercándose á aquellas ideas del pasado que combatieron toda la vida, y à una religión en que no creen, pero con la que pretenden aliarse, aun á sabiendas de que no pueden lealmente servirla, ni cumplir sus pactos con ella. Y á los creventes y à los incrédulos, finalmente, los veo esforzarse de continuo por hacer callar el corazón y la razón que, confusamente, pero sin tregua, les susurra la verdad, y procuran ocultarnos aquel su estado de ánimo: lo cual extiende sobre todos ligero velo de hipocresia, bajo el cual se me aparece de vez en cuando alterado su antiguo semblante de hombres de bien.

Estas cosas, naturalmente, pasan inadvertidas para Ud., porque no puede parangonar las personas que la circundan con la gente que Ud. juzga con el criterio de ellos. Pero lo observaría sin duda si pudiese hacer aquellas comparaciones. ¡Y cuántas ideas suyas se cambiarían si leyese aque-

llos libros y aquellos periódicos de todos los países que ve Ud. algunas veces amontonados en mi mesa, y que mira con marcado aire de repugnancia!

Descubriría una legión de pensadores potentes y serenos, de quienes se asombraria de haber ignorado el nombre hasta ahora, y de que cada una de las personas que la rodean, los ignoren: en los cuales se aduna la fuerza de una ardiente fe y la autoridad de una vasta y nueva cultura; naturalezas intelectuales, temples de almas nuevas, gallardas é ingenuas, apasionadas y pacientes á la vez; mujeres de ingenio viril y de corazón angélico; poetas incultos en cuvos versos informes relampaguean imágenes inmensas; autores didácticos solitarios, surgidos de la gleba, en los cuales se adivinan estudios fatigosos, comprobados, violentos como una lucha física proseguida por veinte años en la buhardilla y sin fuego, á prueba de sacrificios heroicos: una falanje de escritores extraños, ásperos, atormentados, oscuros, de los cuales se ve á través de cada página sudar la negra frente y brillar los ojos sanguinolentos, quemados por la reverberación de los hornos, pero dotados de una elocuencia misteriosa, que la harían pensar, señora, día y noche.

Escucharia de rudas bocas de trabajadores verdades y razones que ningún libro las ha dicho jamás, narraciones de miserias y gritos del alma que la harían temblar como el murmullo de los sollozos de un mundo; palabras de piedad y de ternura que seria obligada á repetir á sus hijos y que no se le borrarían jamás de la mente. Y acabaría por amarlos á todos aquellos hombres de todas clases y de todos países, que llevan sobre la cerviz, como una estrella roja, la misma Idea: los cuales se cambian á través de los mares y de las fronteras palabras de fraternidad y de esperanza; y poco á poco, abrazando con el pensamiento el horizonte vastisimo, viendo fulgurar la Idea sobre miles de campos de batalla, y las legiones estrelladas avanzar y surgir por todas partes, engrosando á lo largo del camino como torrentes de inundación y sumergiendo en cada oleada una ruina del pasado, seria quizá sacudida Ud. misma por un extremecimiento de entusiasmo, y exclamaria:-; Es justo, es benéfico, es necesario que esto suceda!

Pero no: nada ocurriria á Ud. de cuanto

45

acabo de decir, y no le hago un cargo por ello, puesto que todavia está demasiado integro en su mente el férreo circulo de ideas heredadas, sin romper las cuales, no entran las nuevas. Y cuando además empezase en usted á operarse un cambio, si pasara entonces bajo sus ventanas una manifestación socialista, pidiendo los obreros, con la complicidad de Ud., la más justa de las concesiones, Ud., al ver aquellas caras, al oir aquellas voces, asustada y despreciativa, olvidaria en un punto sus lecturas, se desdeciría de todos sus asentimientos, asombrándose de nuevo de que se pueda ser socialista y poseer sentimientos honrados, elevados y agradables.

SOCIALISMO Y NOBLEZA DE ÁNIMO

Por otra parte, he escogido á propósito para intentar persuadirla, este cuarto de hora de la vida nacional.

Y hasta en él, vea, nos separa un abismo; porque todo aquello que en estos dias hace rechazar indignada de Ud. y de sus relaciones las nuevas ideas, produce en nosotros el efecto contrario.

Nosotros vemos una muchedumbre que parece la mayoría del país, imprecar, gritar, alzar los puños cerrados en són de amenaza contra una multitud de gente

arrojada á empellones en las cárceles, no culpables, en su mayor parte, sino de una ilusión, de un grito, de un impetu de ira provocada, y querer y aprobar que á los creyentes del nuevo verbo les sean violadas las casas, manumitidas las cosas que posean, impidiéndoles reunirse, hablar, quejarse, vivir, y acusarlos de toda clase de locuras y toda especie de infamias. Pues bien: todo ello no hace vacilar un instante, antes por el contrario, consolida profundamente nuestra fe; nuestra compasión no es hacia aquellos contra los cuales se clama, sino en favor de los que gritan; todo lo que acontece no nos parece mas que un incidente pasajero del gran camino victorioso de nuestra causa; y con más serena é imperturbable seguridad creemos que la razón, la verdad, la justicia, el porvenir, están de parte de los malditos, y que el fardo enorme de intereses y de fuerzas que pesa sobre sus cabezas, no es sino un monstruoso resto del pasado, del cual están contados los años.

Usted no lo cree; pero lo creerán sus hijos, lo verán sus nietos, y á los hijos de éstos parecerá imposible que sus antepasados no lo hayan creido.